



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11811

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 23 DE MARZO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL.

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPANIA, Caballos 15.

Adolfo Herrera

No ha muchos días que al dar cuenta á nuestros lectores del telegrama que nos hizo conocer, para nosotros satisfactoria nueva de la elección de nuestro amigo cariñoso, para la vacante que en la Real Academia de la Historia ha producido la muerte del eminente literato é ilustre historiador don Víctor Balaguer, prometimos algunas noticias que recordaran los trabajos y la justificación, por tanto, de la merecida honra otorgada por la docta Corporación, que antes se cita, con la elección de nuestro querido paisano Adolfo Herrera.

Vamos, pues, á publicar lo ofrecido, con la lijereza que nos impone la índole de este trabajo, recordando al mismo tiempo algo que fué nota especial y característica desde los primeros años de la vida del último electo académico de la Historia.

De muy joven mostró Herrera su decidida vocación por los estudios históricos, siendo la numismática la que mereció sus preferencias.

Mientras los que jóvenes como él, dedicábamos el tiempo que nos dejaban libres nuestras ocupaciones de estudiantes, á las distracciones propias de aquella edad venturosa de la que ya tan lejos nos llamamos, Adolfo, con admirable constancia dedicábase á su labor favorita, llegando en su trabajo de indagación hasta los últimos rin-

cones, si tenía la esperanza de poder adquirir una moneda cuyo valor histórico, desconocido muchas veces por sus poseedores, sabía apreciar ya en su justa medida el que á la sazón apenas contaba 15 años.

Creemos, que si por entonces lo intentara nuestro amigo, algo hubiera podido ya escribir merecedor de aprecio respecto á la demostración del valor histórico de la moneda en las lejanas épocas de la Historia, en las cuales, la ciudad en que nacimos, jugó papel importantísimo; á semejanza de lo que relacionado con el tiempo de D. Enrique IV y su correspondencia con los de D. Carlos IV, publicó el erudito Fr. Leclainiano Sáez.

Eran de escuchar las continuas burrias que tales aficiones merecían de los que por entonces estimábamos como chifladuras, manifestaciones que suelen ser, casi siempre, destellos anunciadores de aptitudes que van en derechura de conquistas tan honrosas, como la que acaba de obtener nuestro estimado amigo.

Del remoto ayer hasta el presente la labor de Adolfo no ha sido en ninguna ocasión interrumpida, y el fruto del cultivo de su inteligencia y de su sólida cultura, pruébanlo las obras de que es autor, apenas conocidas fuera del círculo, no muy numeroso ciertamente, de los que se dedican á esta clase de estudios, para los cuales jamás el aplauso está en relación con el mérito, ni alcanzan la popularidad de otros de mayor relumbrón y menos

miga, estudios que solo pueden saborear y apreciar un reducido número de inteligencias superiores.

Entre las obras de Herrera que han alcanzado más relieve y justifican su elevación al puesto para que ha sido elegido, debemos citar «Cartagena Ilustrada», Medallas de proclamaciones y juras de los reyes de España; la traducción del padre Garruchi de «El Augusto de la Villa Vientana»; «Historia y Arte»; la obra en colaboración con Rada y Delgado sobre el Congreso Americanista de Copenhague, que duerme el sueño de los justos en el ministerio de Marina; numerosos artículos en los cuatro primeros años del «Boletín de la Sociedad Española de Escursiones» y la «Bibliografía Arqueológica Española», que cuenta ya más de 40 volúmenes manuscritos, no editada todavía por las dificultades y exigencias que ofrece una publicación de tanta importancia.

Peró la obra que indudablemente ha puesto el sello á la competencia de nuestro querido paisano, viniendo á ser como la ejecutoria de su derecho para formar parte de la docta Corporación á la que ya pertenece, es la que lleva por título «Medallas Españolas» y de la cual van ya publicados cuatro tomos con sus correspondientes láminas.

Es una interesantísima obra de la cual solo se ha hecho, por el autor, una tirada de 12 ejemplares dedicados á Museos y Bibliotecas, pues como dice Herrera con razón sobrada, aprendida por experiencia, «por la especial naturaleza de esta clase de obras debe contarse con la falta de lectores, por no adaptarse esta clase de trabajos á los gustos y costumbres sociales del país».

Visitando la casa en que vive nuestro amigo, reveláanse, desde luego, sus aficiones y pueden fácilmente apreciarse hasta donde lie-

gan su laboriosidad, suficiencia y constancia, en sus estudios predilectos.

Aquello puede calificarse de un verdadero museo. Armas, monedas, algunas de valor muy estimable; colección de numerosos objetos, raros por su antigüedad unos; por los primeros artísticos que contienen, otros.

Una importante colección de clavos, cuya historia, tan antigua como curiosa, nos recuerda, entre otras interesantes cosas, la ceremonia romana, heredada de los etruscos, de fijar el clavo anual en el muro divisorio del Santuario de Júpiter y de Minerva; colección en la cual, á fuerza de trabajos y sacrificios, ha podido conseguir Herrera algunos valiosos ejemplares Libros raros y documentos históricos de valia constituyen, con todo lo expuesto, el fruto de la labor de muchos años de perseverantes trabajos y de bien digeridas y aprovechadas lecturas.

Cumplida queda la promesa y trazados con ligerísimos rasgos la manera de ser de nuestro amigo, y aunque el trabajo resulta muy inferior á los merecimientos de Adolfo Herrera, acójalo éste como homenaje del cariño y satisfacción grandes con que sus buenos amigos y paisanos han recibido la noticia de su merecida elección en la Academia de la Historia.

TIJERETAZOS

Dice un articulista que ha entrevistado en Oporto al verbo del carlismo, D. Juan Vázquez Mella, que éste considera á Madrid no como el cerebro ó el corazón de España sino como el hígado, pero un hígado colosal que segrega montones de bilis.

Mal anda de conocimientos fisiológicos el orador carlista.

Madrid es el vientre. Todo se lo traga. El hígado lo representan las provincias. Esas sí que segregan océanos de bilis.

en huelgas, motines por consumos y demás contradanzas en que desahogan su humor basilisco.

Del mismo verbo, comunicado por el mismo articulista:

«El carlismo es más que un partido, más que una escuela, más que una tradición; es un criterio histórico.»

No señor; el carlismo es una desventura de España, una infección del aire que á veces se propaga á la sangre encendiendo la guerra civil, presentándonos ante los extranjeros como desdichados dolientes de mal incurable, cuya situación de abandono y desidia inspira lástima cuando no desden.

El Sr. Vázquez Mella es carlista y conoce el carlismo como nadie.

Pues bien, ahí van sus palabras que nos dan la razón:

«Todo lo que en España, siendo nuestro, se separa de nosotros, muere; y todo lo que siendo opuesto se acerca á nosotros, muere también.»

Es decir, peor que el manzanillo. Este no mata más que aquél que se le arrima.

El carlismo mata lo que se le acerca y se le separa.

Y acabará comido por los que lo defienden ó en una de esas empresas que acostumbra abordar.

La guardia civil ha capturado al sepulterero de Yunquera que mató á un hombre el día 12 del presente mes.

Ese hombre no tendría bastante con los fallecidos de muerte natural y seguramente se propuso fomentar el trabajo á puñaladas.

¡Qué barbaridad!

En la mina San Quintín, de Ciudad-Real se ha armado la idem, declarándose en huelga dos mil trabajadores.

La huelga es pacífica.

Peró después de lo ocurrido en Maillen ¿quién se fia de las calmas aparentes? No sería yo.

La vocación

—Perdone usted—decía el general.— Hay que desengañarse, la inclinación de

RENATA MAUPERIN

216

RENATA MAUPERIN

220

París... Habiera girado como un sol, esquivando billetes de Banco... Habiera envidiado mi oro con todo género de prodigalidades... y al cabo del año me habría separado de mi mujer...

—¡Bah!

—Ciertamente... para demostrarme á mi mismo que no amaba yo el dinero. De no abandonarla, me habría creído desbenrado.

—¡Buenas ideas! Pero yo le confesaré que no sigo aún su filosofía. Una gran fortuna puede dar muchos gozos: lujo, caballos, coches... y luego el gusto de hundir á las personas que no se quieren y hacerlas rabiar... A mí me parecería muy agradable ser rico.

—Porque, conforme decía hace un momento Renata... no es V. más que una mujer... una mujer...



XXX

DENOISEL decía lo que pensaba; si alguna vez había deseado una fortuna, nunca la había envidiado; tenía para el dinero un desprecio fundamental y sincero, el desprecio de un hombre que con muy poco es rico.

Denoisel era un parisiense, ó mejor dicho, el parisiense. Dicho en todas las experiencias de París, formado maravillosamente en el gran arte de vivir por la práctica de la vida parisiense, tenía los ins-

un barrio extraviado y en el fondo de un almacén, recordaba una vejez olvidada, un objeto de Sajonia ó de Sévres, una de esas curiosidades á que no suele asignar precio la persona que la recibe ni calcular la factura.

Todo esto era en Denoiseil espontáneo, natural ó instintivo; y la victoria continua de una inteligencia parisiense sobre la superficialidad de la vida, no tenía nada de las ruindades mezquinas del cálculo. Era un conjunto de buenas condiciones de vida y no una serie de economías, y en el bien ordenado empleo de sus quince mil libras de renta aparecía hasta prodigo: preparaba un gasto, pero no lo regateaba.

Denoisel habitaba en el estrepado de una casa con alfombrada escalera: sólo tenía tres habitaciones; pero el boulevard de los italianos estaba á su puerta, y su saloncito y pieza de fumar eran encantadores. Era uno de esos estuches que tan bien suelen hacer los tapiceros de París, de seda bullonada y con anchos divanes, semejantes á lachos. Denoiseil había querido que la falta de objetos de arte completase la animación de la pieza. El portero le llevaba por las mañanas una taza de chocolate y le arreglaba el cuarto, y por la noche comía con sus relaciones en un Circolo.

Aquel alquiler barato, aquella simplificación de